

---

# tensión entre dos culturas

---

**ignacio de despuiol**

Dentro de un estudio de las tensiones en la Iglesia no podía faltar un apartado que reflexionase sobre el fenómeno sociológico que subyace en la base de estas tensiones. Su amplitud es enorme y sus implicaciones teológicas y religiosas apenas tiene delimitadas sus fronteras. Para todos es clara la resultante de dos posturas más o menos crudamente enfrentadas, que en último término son consecuencia de otras dos culturas, dos humanismos o dos maneras de interpretar el dinamismo de los tiempos. La coexistencia sin convivencia de estas dos culturas ejerce sin remedio una fuerza de selección que acaba por agrupar en uno u otro polo a todo aquel que se plantee seriamente la realidad. Esta polarización y su consiguiente aceptación de un radicalismo diferentemente matizado es lo que para algunos como Leslie Dewart justifica plenamente la clásica terminología de *conservadurismo* y *liberalismo*<sup>1</sup>, que se presta a tantos abusos. Lo que sí es cierto es que en las posturas así definidas

existen unas actitudes que tienen una relación muy íntima con la aceptación, o no aceptación de la modalidad contemporánea de la experiencia humana.

## **importancia de la postura**

Es lógico que a diferentes momentos históricos correspondan diferentes mentalidades ya que la historia es un dinamismo sin saltos pero constante. También es natural que en un mismo momento histórico la diferencia de circunstancias condicione la manera de ser y obrar.

Lo que ya no es tan lógico es que cuando la causa, o razón de ser, de una postura ante la vida permanece sustancialmente idéntica, los efectos en aquéllos que los interpretan sean radicalmente distintos. Es el caso de la Iglesia. Ciertamente se da en ella una evolución, pero la reacción ante esta

evolución queda más supeditada a los condicionamientos históricos que la envuelven que al interno dinamismo de sus nuevas manifestaciones. O dicho de otra manera, tiene más fuerza el momento cultural humano en que cada persona cristaliza que la intrínseca evolución de la verdad. ¿Tiene algún sentido entonces identificar la verdad con alguna estructura?

Para Charles Davis la Iglesia ha incurrido en esa identificación<sup>3</sup>, de ahí que no pueda ser verdadero lo que no camina al paso de la verdad que es progresiva y profundamente relativa.

Es fundamental, pero doloroso, convencerse de que el cristianismo no se identifica totalmente con la propia experiencia. Y lo es, porque lo normal es absolutizar lo que ha sido vivencia íntima tan hondamente sentida quizás, que ha llevado a un compromiso de fe y de acción en el fugaz momento histórico en que se produjo. Los límites del historicismo son mucho más amplios de lo que imaginamos y de lo que desde lo más profundo de nosotros mismos nos atrevemos a admitir, necesitados como estamos de aferrarnos a "seguridades".

Hemos de variar nuestra perspectiva si queremos aceptar las cosas como son y, entre ellas, a la Iglesia. Nuestra exigencia de seguridad choca con la realidad de la historia que no nos ofrece tales seguridades ancladas en cuidadosas definiciones. La mayor seguridad consiste, precisamente, en la aceptación de que lo normal es la evolución. El definirnos en una postura es a fin de cuentas remar contra corriente: contra la dura corriente de la historia.

Si, en cambio, nos definimos en una idea permanente de aceptación

del flujo de la historia, habremos compaginado lo aparentemente irreconciliable de considerar lo relativo como seguridad. Aquí radica precisamente la tensión entre las dos —quizás más— culturas del momento presente, que están configurando, a su vez, a dos Iglesias duramente distintas.

## **posturas de acción y reacción**

La mayoría de los católicos viven convencidos de la unidad de la Iglesia. La unidad, sin embargo, no es un don sino una misión<sup>4</sup>; algo a realizar y que da sentido pleno a la esperanza, en cuyo último momento tendrá lugar la consecución total del Cuerpo Místico. La búsqueda de esta unidad que es nota de fondo en las exhortaciones de Pablo y en las mismas palabras de Cristo (Jn 17), se ha dado, con excesiva simplicidad, por conseguida. El artículo del credo que nos dice que creemos en la Iglesia una, no significa que ya hayamos conseguido lo que profesamos al igual que no hemos llegado todavía a la resurrección de la carne en la que también afirmamos creer.

La Iglesia en la que creemos es aquella que camina hacia la unidad deseada, pero consciente al hacerlo de que aún no la ha conseguido. Las diferencias, pues, existen como algo necesario. Diferencias que son algo más profundo de lo que muchas veces podemos pensar y que tocan al mismo significado de la fe, al de la religión y por tanto al de la propia postura del cristiano para con Dios<sup>4</sup>.

Como hemos indicado más arriba, la existencia de esta tensión en la Iglesia no es un fenómeno fortuito o una prueba providencialista,

sino un resultado del enfrentamiento de dos culturas superpuestas. A lo largo de la historia las nuevas culturas han sucedido a otras ya decadentes que apenas oponían una discreta resistencia. En el momento actual no ha sido así y la razón no hay que buscarla en la vitalidad de ninguna de las culturas enfrentadas, sino en su ritmo de evolución. No es ningún secreto la velocidad creciente de la evolución del hombre en todos los campos durante este siglo. Y precisamente por el condicionamiento histórico que señalábamos antes es natural que las ideas hayan progresado al mismo ritmo, y juntamente con ellas las defensas de la propia parcela cultural, política o religiosa.

La tensión pues en la Iglesia de hoy está basada en un choque de culturas que han adquirido fuerza y vitalidad en campos paralelos, sin esperar al receso natural o sin dejar paso al que llega demasiado pronto.

Hay además un mesianismo congénito a cada generación que le impide la perspectiva histórica. El poder juzgar impúneamente al pasado desde la barrera intocable del presente produce un desenfoque de perspectiva y una consagración tácita de los valores del momento que apenas nadie se atreve a relativizar. Por eso, cuando dos culturas se superponen el mesianismo de cada una de ellas se acentúa haciéndose agresivo y consagrando con falta de serenidad los que juzga propios valores.

Desde este enfoque podemos desescandalizarnos de antemano del enfrentamiento en la Iglesia de hoy. es sencillamente lógico. Puesto a buscar soluciones prácticas a algo que es doloroso pero natural qui-

zá sea lo más inteligente buscar un modo de institucionalizar el conflicto como señala William A. Osborne<sup>5</sup>. Es aceptarlo desde el ángulo de lo necesario y de la fundamental dialéctica de acción y reacción que es el abecedario del desenvolvimiento histórico. Es, pues, un enfrentamiento esencial, como señala Luis Acebal en su artículo, y no accidental en lo que nos hemos de embarcar desde el momento en que somos conscientes de nuestra importancia en la Iglesia.

### **repercusiones en la iglesia**

El enfrentamiento de que tratamos no es, sin embargo, un puro equilibrio de fuerzas, sino que se aprecia en él un lento progreso de la nueva cultura. La Iglesia es una sociedad fundamental estable y, por lo mismo, más remisa a la aceptación de las nuevas formas. Por eso, el triunfo de éstas no se debe a un movimiento continuo, sino a violentos tirones en sectores aislados de la Iglesia que repercuten en todo su cuerpo y que a lo más cristalizan en modestos pasos adelante.

Al mismo tiempo, la reacción de la antigua cultura ante cada nuevo signo de evolución es de defensa a ultranza. No cuenta la validez de las ideas, sino su fecha de nacimiento. Se ha vuelo a absolutizar lo relativo perdiendo la perspectiva histórica de la propia etapa, como decíamos antes. Exactamente lo mismo que le sucederá a la nueva cultura de ahora con las que tengan que venir después. **Tensión de culturas que presenta el fenómeno, hasta ahora inconcebible, de que estén más cerca entre sí aquéllos que pertenecen a**

una misma cultura que los que pertenecen a una misma confesión. Hay menos distancia entre católicos y protestantes conservadores que entre éstos y sus respectivas contrapartidas liberales<sup>6</sup>.

Existen señales de transición de una cultura a otra que son evidentes aunque sean todavía minoritarias. Seguramente la más importante de todas ellas sea el paso de una Iglesia clerical a una Iglesia laical. Es sintomático, a este respecto, que uno de los "best-sellers" de estos últimos años haya sido precisamente *La ciudad secular* de Harvey Cox. Sería ingenuo concluir de la desacralización patente que vivimos, que lo conseguido no es sino una nueva forma de arreligiosidad.

La nueva revolución de las formas, en el fondo es una revolución cultural, como quedó bien patente en los sucesos de Mayo y Junio en Francia<sup>7</sup>. Y, al serlo, ha traído consigo una nueva estructura humana de pensamiento que abarca la totalidad de los campos del hombre; entre ellos el religioso. La caza del mito ha sido implacable y la purificación de verdades que ha supuesto no la podemos apenas valorar, aunque vislumbramos sus líneas maestras a través de la secularización.

Del mismo modo se ha producido la antítesis de la Iglesia de poder. el porqué algo tan antievangélico ha resistido la continua sucesión de culturas desde Constantino hasta nuestros días es algo que no sabemos responder y que parece asombroso visto desde nuestra frontera. Pero ésa ha sido la realidad, frente a la cual ha surgido la necesidad de una Iglesia de servicio que aparece ahora como urgente. Y que, por lo mismo, ha de

ser profundamente libre, no sólo frente a las presiones exteriores, sino frente a sí misma, frente a su propio modo de ser. La Iglesia se ha atado a sí misma con incontables ligaduras que llegan a ahogar, a veces, la vitalidad de su espíritu. La conciencia de tener que decir "últimas palabras" sobre todos los problemas, el temor de no abarcar todos los puntos posibles de una situación, el miedo a aparecer como menos perfecta si se muestra con un rostro más humano que divino... y tantas otras facetas de esclerosis histórica que ocultan con las mil capas del ritual, la norma y la tradición el bello rostro del amor esencial que es su razón de existencia. Quizá sea este mismo amor el que enfrenta a las dos culturas de hoy. La Iglesia subyace en ambos casos y es la base sustentadora de ambas formas de amor, pero estas son distintas. ¿Podríamos concretarlas en amor al mensaje por una parte y amor a la misión por otra? Siempre es arriesgado sintetizar, pero no cabe duda que aquí hay una divergencia profunda pues a una religión amante de sus verdades y dogmas sustituye otra más preocupada por una acción basada en fundamentos muy simples pero universales. Se ama a la Iglesia, pero bajo diferente signo.

Se excluye por principio toda concepción individualista de la Iglesia desde el momento en que se la ve como pueblo de Dios<sup>8</sup>. Nos cuesta creer que la Iglesia no la hacemos nosotros, sino que es Dios el que la hace como quiere en cada momento. Nuestra misión no es planificar, sino seguir las directrices del Espíritu que "sopla donde quiere y oyes su voz". (Jn 3,8).

Desde el momento en que consideremos a la Iglesia como pueblo de

Dios en marcha bajo su soplo imprevisible comprenderemos que carece de sentido todo lo que suene a hipostasiar a esa misma Iglesia<sup>9</sup>. Y ciertamente la cultura tradicional la ha hipostasiado con demasiada frecuencia considerándola, al menos en teoría, como una superesencia planeante por encima de los hombres concretos y sus decisiones. En el neohumanismo de la cultura liberal esto es inconcebible.

Frente a la posible supervaloración de una Iglesia más abstracta es donde tiene pleno sentido la sutil distinción de Hans Küng de que no creemos *en* la Iglesia, sino *a* la Iglesia<sup>10</sup>.

Se excluye también, por tanto, toda idealización por ser el pueblo

de Dios una realidad histórica que continúa y renueva en sí la antigua alianza<sup>11</sup>. Es por tanto imposible creer en una Iglesia "santa", en cuanto algo ya conseguido, al igual que decíamos más arriba al creer en la Iglesia "una". En lo que realmente creemos es en esa misión vitalizante que lleva a la búsqueda de la unidad y la santidad. ¿Pero es esto realizable en un ambiente de enfrentamiento? ¿Habremos de acabar admitiendo la existencia de dos Iglesias paralelas que a lo más que pueden aspirar es a una honesta confederación? Es la pregunta que nos brota ante el hecho innegable de la existencia de las dos culturas que chocan también en la Iglesia y cuya dialéctica creemos necesaria para el progreso del Espíritu en el corazón de los hombres.

## notas

1. LESLIE DEWART, *The future of belief*, London, 1967, p. 11.
2. CHARLES DAVIS, *A question of conscience*, New York, 1966, p. 22.
3. *Ibid.*, p. 175.
4. LESLIE DEWART, *Op. citat.*, p. 14.
5. PROYECCION, 57 (1967), 301-305.
6. PROYECCION, 59 (1968), 114-121.
7. RAZON Y FE, 850 (1968), 378-390.
8. HANS KÜNG, *L'Eglise*, Brugis, 1968, p. 178.
9. *Ibid.*, p. 181.
10. *Ibid.*, p. 61.
11. *Ibid.*, p. 183.